



NORTE

Nº 5 ■ OCTUBRE 1939 ■ 2 frs. ■

Biblioteca Nacional de España

SUMARIO

Editorial	1 y 2	La situación militar de los re- fugiados españoles	8
Por España neutral y por Fran- cia victoriosa	1	Un libro de Azaña	8
Los aviones ingleses vuelan so- bre Berlín	2	Para los trabajadores extranje- ros en Francia	9
La circulación de los extranje- ros en el interior de Fran- cia	2	Las « contradicciones » de Hi- tler	9
Emoción y pasión de Francia. por <i>Julián Zugazagoitia</i>	3 y 4	Sobre la trágica influencia del hitlerismo, por <i>Gabriel Mo- rón</i>	10 y 11
España, su paz exterior y su paz Interna	4	América frente a Hitler, por <i>J. M. Requena</i>	11 y 12
El espíritu de Montaigne frente al espíritu de Nietzsche, por <i>Fernando Vázquez</i>	5 y 6	El último prusiano, por <i>Matil- de de la Torre</i>	13
¡ Al lado de Francia y unidos ! por <i>M. C.</i>	6 y 7	A pesar de todo, un minuto de recogimiento, por <i>Federico Adler</i>	15 y 16
Una gran ilusión	7	La muerte de Otto Wels	16

N O R T E

(N O R D)

REVISTA IBERO-AMERICANA

(14, Rue Bellevue, Paris)

PRECIOS DE SUSCRIPCION :

En Francia :	Trimestre ..	12 francos
	Semestre ..	24 id.
En América :	Trimestre ..	18 id.
	Semestre ..	36 id.

NORTE

REVISTA IBERO-AMERICANA

EDITORIAL

Son mucho los neutrales. Conocemos el motivo. Ellos mismos no se atreven a negarlo. Su neutralidad está hecha de miedo o, por lo menos, de egoísmo. Obedece a las mismas causas de la inhibición del ciudadano que asiste impasible a los atropellos de un bruto. Siente la indignación, pero siente aún con mayor fuerza la prudencia. « Mientras no se meta conmigo... ». Con eso ha especulado Hitler desde que inició sus agitaciones frenéticas en la vida pública. Los judíos, los comunistas, los social-demócratas, los católicos, los evangélicos... Austria, Checoslovaquia, Polonia... Primero unos y después los otros. Aislándoles en su propio miedo, para mejor devorarlos. Poniendo a continuación de cada atropello un cartel embustero: « El último ». Un cartel en el que no han creído nunca, ni el que lo puso ni el que lo leyó; pero que ha servido con frecuencia a este último para justificarse a sí mismo. ¡ Para intentar justificarse a sí mismo !

Acabó por fin la historia. Francia e Inglaterra la han terminado. Ni la una ni la otra qui, eren esperar, aisladas, a que les llegue el turno. Francia e Inglaterra han hecho en 1939 lo que pedíamos los republicanos y socialistas españoles que se hiciera desde 1936. Más vale tarde que nunca. Aún es tiempo de acabar con el sueño sangriento de un iluminado delirante.

Olvidando voluntariamente — pese al doloroso esfuerzo que hemos de hacer para olvidarla — otra acción criminoso de Hitler que nos ha costado mucha sangre y muchos duelos, aceptamos que hubiera en Europa quien se dejara engañar de buena fe y creyera que el déspota odioso aspiraba únicamente a « libertar » los hombres de raza germana. Lo aceptamos, por paradójico que sea vincular una acción liberadora en el sujeto tenebroso que apoya su reinado sobre los horrores de la Gestapo y de los campos de concentración. Pero, ¿ no se desengañaron todas las inocencias al ver invadidas la Bohemia y la Moravia, a las que ningún lazo racial o lingüístico une con Teutonia ? ¿ No quedó claramente establecida, desde ese mismo momento, la voluntad de hegemonía de un demente peligroso ?

Entre « la raza », « el idioma », « las primeras materias », « el espacio vital » y los « puestos al sol », tiene el III Reich pretextos más que suficientes para someter a servidumbre todos los pueblos de la tierra. Nadie puede hacerse ilusiones; no creemos que nadie se las haga a estas alturas. Si Francia e Inglaterra no se concertan para acabar con el monstruo, o si la desgracia quisiera que Francia e Inglaterra resultasen vencidas, no habría salvación para nadie. Embócense cuanto quieran en cómodas neutralidades los de arriba y los de abajo: una Alemania vencedora tardaría en esclavizar las pequeñas naciones del Oeste y del Sur-Este, lo que tardase en digerir los frutos de su victoria. Por eso no hay honradamente neutralidad posible, sobre todo, para los vecinos de Alemania. La suerte de Francia, será su propia suerte; la causa de Francia, es su propia causa.

Comprendemos los temores, nos explicamos las vacilaciones. Una guerra moderna es cosa demasiado terrible para afrontarla con ligereza. Pero estamos curados de ilusiones y sabemos que, por horrible que sea, la guerra es una realidad que está llamando a todas las puertas.

Hemos dicho que nos explicamos las vacilaciones de muchos pueblos,

Por España neutral y por Francia victoriosa

Los órganos autorizados del P. S. O. y las personas que representan legítimamente a los españoles emigrados, han dicho, donde y cuando tenían que decirlo, que la actitud deseable de España es la de una neutralidad no estricta, sino benévola hacia Francia e Inglaterra. Las consideraciones de carácter político han sido subordinados a las de carácter moral, como es nuestro deber. Para nosotros, socialistas, y para nosotros, españoles, la guerra que Francia e Inglaterra han empeñado responde al mismo espíritu de libertad humana y de independencia nacional que encendía a nuestros cobardes, sometidos al « pilonage » de la técnica hülteriana. Para el éxito de esta empresa universal, un factor favorable sería el de la neutralidad simpática de nuestro país, y por eso la deseamos de todo corazón, no importa su actual régimen político. Esta actitud, que es absolutamente sincera por nuestra parte, confiamos que lo sea también por parte de todos nuestros compañeros. Que ningún gesto ni la menor palabra, hagan sospechar este deseo nuestro de ahorrarle al gran pueblo francés inquietudes en los Pirineos. Cualesquiera sean las amistades de los actuales dirigentes de nuestra patria, nuestros votos fervientes son por que logren sustraerse a las presiones de los enemigos de Francia, que son nuestros enemigos y por eso nos sentimos y nos profesamos soldados de Francia.

Esta declaración sería incompleta si no expresara al mismo tiempo nuestro propósito de suspender toda polémica de carácter interno, es decir, relativa a la actitud de estos o aquellos refugiados y compañeros. La hora es demasiado solemne para que puedan concertarse las voces de sacrificio y de prestación y las voceillas de los discordantes. Por elegancia moral y por sentimiento de la responsabilidad abandonamos a nuestros contradictores el campo, pero no sin solicitar de ellos que hagan un esfuerzo por imitarnos. Nuestro tiempo y nuestro entusiasmo quedan incorporados a esta guerra gloriosa de las Democracias contra Hitler, que ha sido y es nuestra batalla, nuestra misma batalla. Queden las frivolidades maliciosas — insistimos — para los irresponsables.

Ah!, pero hay algo que no podemos explicarnos: el deseo de aprovechar la situación para hacer negocio.

Empieza a dibujarse con claridad la táctica de las grandes democracias: asaltar el enemigo por donde el enemigo es más débil. Evitar en lo posible los grandes choques militares, para los que únicamente está aquél preparado; ahorrar vidas humanas, que para los regímenes liberales son antes que nada, y para el déspota bárbaro no cuentan; preparar la asfixia económica, entre tanto. Bien lo echan de ver los consejeros de Hitler, a juzgar por las medidas angustiosas que adoptan y por los gritos histéricos que dejan escapar. Ese es el camino. Por ahí se va, sin riesgos supremos y sin pérdidas excesivas, hacia la victoria. Habrá que soportar los coletazos del menstruo, pero su exterminación está por anticipado asegurada. Y ahí se graban con máximo relieve las obligaciones de una neutralidad que no puede ser aprovechada con desenfado, que ha de ser acatada con resignación. Cuanto menos ayuda encuentre el Reich en el comercio neutral, antes se derrumbará; cuanto menos auxilio pueda procurarse en el mercado de los neutrales, antes habrá de rendirse. La duración de la guerra está, pues, en razón directa con la actitud de los países que no hacen la guerra. De esos países que se ven forzados a la neutralidad, pero que tienen tanto interés como los beligerantes democráticos en que la fiera totalitaria sea abatida.

Por eso aplaudimos sin reservas el bloqueo marítimo. Por eso aplaudimos las restricciones impuestas por Inglaterra a los neutrales. Nadie tiene derecho a aprovechar la sangre que en beneficio de todos derramen los franceses, para obtener ga-

nancias. Mucho menos si esas ganancias proporcionan al enemigo común los medios necesarios para continuar produciendo destrozos y catástrofes durante semanas o meses.

Es interés de todos, y contra todos puede poco el despotismo hitleriano.

Hemos deseado la neutralidad de España. Por motivos humanos que dejamos razonados en nuestro número anterior. Pero esa neutralidad — decimos hoy, como decíamos ayer — tiene que ser favorable a las potencias democráticas. Y aunque España esté alejada de las fronteras alemanas, recientes intromisiones económicas y militares aconsejan a nuestro país, más que a ninguno, trabajar por el triunfo de Francia, que será el triunfo de su independencia nacional y el término de hipotecas peligrosas y vergonzosas.

Aunque no se refleje en las columnas de su prensa — que no es una prensa libre, — así lo ha comprendido el pueblo español. Y la voluntad de éste se irá imponiendo inexorablemente, cualesquiera que sean los obstáculos que encuentre para manifestarse. Entre tanto, nosotros, los españoles acogidos por Francia, marcaremos el ejemplo ayudando a nuestra segunda patria en los momentos difíciles que le esperan con todo el coraje legendario de nuestra raza. Lo demás, irá llegando poco a poco. Y, entre lo demás está la Libertad, que es lo que más nos importa en la vida. ¡La Libertad, que no estará garantizada para ningún hombre ni para ningún pueblo hasta que Hitler y su régimen nazi se hundan para siempre en la ignominia!

Los aviones ingleses vuelan sobre Berlín

El Ministerio de Información de la Gran Bretaña ha dado la noticia de que unos aviones pertenecientes a la «Royal Air Force», en raids verificados sobre Alemania, han conseguido volar sobre Berlín y Potsdam.

La noticia, aparte de su interés militar, encierra una enseñanza alentadora. A saber: que la capacidad de destrucción que se atribuye a los bárbaros, tantas veces explotada en sus operaciones de chantaje, habrán de encontrar, en su día, una contrapartida respetable. La contrapartida que suponen los elementos de agresión y de defensa con que cuentan las democracias. Es decir, que cuando Hitler vaya a ordenar la perpetración de una de esas salvajadas que preconiza su Estado Mayor, como «motivos» de la guerra totalitaria, habrá de empezar por meterse en el refugio a esperar acontecimientos...

Para nosotros los españoles, que hemos estado durante dos años y medio sometidos a la tortura indecible de una lucha desigual, en la que el enemigo podía reiterarnos a cada hora la demostración de la superioridad de sus medios, la hazaña de los aviones ingleses se nos muestra con todo su valor y con todo su sentido. Porque la barbarie reflexiona cuando tiene la seguridad de que sus gestos han de encontrar una réplica oportuna ya que, como dicen las gentes de Castilla, «el loco por la pena es cuerdo».

La circulación de los extranjeros en el interior de Francia

El Comisariado General de la Circulación, en un comunicado facilitado recientemente a la prensa, establece las condiciones a que queda sometida la circulación de los nacionales franceses y de los extranjeros que residan en Francia, tanto en la llamada zona interior como en la zona de guerra.

Por lo que se refiere a los extranjeros, se dispone que «las disposiciones concernientes a la circulación en tiempo de guerra sean aplicables a partir del 20 de septiembre de 1939 para todo el territorio.»

A tales efectos, los extranjeros deberán ir provistos «de su carta de identidad y de un salvoconducto para todos los desplazamientos que efectúen fuera del ayuntamiento de su residencia y de los ayuntamientos limítrofes».

Para obtener dichos salvoconductos y los permisos de circulación correspondientes, en el caso de que se utilice motocicleta o auto, los interesados deberán dirigirse a los comisariados de policía respectivos y, en defecto de éstos, a las alcaldías.

LOS ALEMANES NO PODRAN ENGANAR NUNCA A LOS SOCIALISTAS ESPAÑOLES. LES CONOCEMOS DEMASIADO. EMPEZAMOS A CONOCERLES BIEN EN EL JARAMA, EN GUERNICA, EN GRANOLLERS, EN EL GRAO DE VALENCIA...

pasión de Francia

Por Julian
Zugazagoitia

Me cuentan que no fué así en 1914. Entonces hubo reyuelo de banderas, manifestaciones apretadas, gritos apasionados, despedidas calientes, cambios golosos de besos por flores... París, Francia entera, retenía de su pasión, vibraba de entusiasmo. Era una inmensa campana que latía, con el sobresalto de lo inesperado, por la ventura de la victoria inminente. El último encuentro de sus armas con las adversarias, era historia y, a la vez, acicate. Se explican bien las banderas, las manifestaciones, las despedidas, los besos, las flores. Las batallas, tal y como podían ser imaginadas en 1914, eran — sin gran diferencia a como las describieron los románticos — un cuadro de historia, entonado y vistoso: la caballería, un bosque de sables curvos reflejando luz, galopando hacia el enemigo: los infantes, en batallones cerrados, pisando firme; la artillería, bronco y pólvora, disparando a una meta lejana, sin contornos. El cuadro de historia se borró cuando la guerra enseñó su verdadero rostro: las trincheras, Verdún, las cruces de madera... ¡Cuánto detalle infausto, hasta para los vencedores! El hombre que los vivió llevó un mensaje entrañable a su hogar: que sus hijos trabajasen en paz. ¡Nunca más Verdún! ¡Nunca más las trincheras! Ese mensaje, meditado bajo las parábolas de los obuses, afirmando ante el cadáver del compañero muerto, en el abrigo de una primera línea la víspera de un ataque. ¿Cuántas cosas no explica? Desde luego, todos los esfuerzos realizados por Francia y por Inglaterra para salvar, incluso en el último momento, la paz. Los discursos de Daladier a la nación francesa tenían, en su sobriedad calculada, una fuerza patética extraordinaria. Hubiese deducido, a no saberlo, que el gobernante que dictaba esas palabras conocía, por haberla sufrido en su carne y en sus huesos, la guerra. El tono grave de su voz, la concisión del argumento y la robusta seguridad de las afirmaciones, impresionaban. No recuerdo haber escuchado a ningún gobernante con tanto respeto, acaso porque era la primera vez que oía a un hombre interpretar, sin error, la conciencia unánime de su pueblo.

Sobrio, preciso, exacto, Daladier publicaba palabras definitivas. Sí, en mismo gobernante que se impuso, por la paz, un viaje — incierto a la ida, doloroso a la vuelta —, arriesgando prestigio y popularidad. Ese ayer reciente e inolvidable de su gestión, motivo de tantas controversias y debates entre franceses ¿no es, justamente, el que da fortaleza a su inexpugnable posición moral? Afirmando que sí. Creo que el francés que fué a Munich, buscando afanosamente un estatuto pacífico duradero

para Europa, es quien con autoridad única podía decir al mundo, al hablarle a Francia, cuándo, transgredidos los linderos de la paz, se entraba en la zona de guerra. Esa discriminación, siempre grave, pide ser hecha por quien tenga en su hoja de servicios citaciones de trabajos notorios por la concordia universal. Acaso — yo me prohibo opinar — el viaje a Munich fué una pérdida táctica para Francia. Quiza... Pero, evidentemente, ante el mundo supone actualmente la razón moral. Lo indestructible. Lo permanente. Las armas francesas van a trabajar sobre esa base, y solo porque es así ha podido el mando reunirlos unánimes, sin una fisura en la voluntad de quienes las están manejando, sin un pensamiento escondido y resistente, sin una reserva tácita o expresa. Armas, en definitiva, de razón, que el loco, según la sabiduría popular, solo por la pena es cuerdo.

Francia no pudo hacer más. Sus soluciones de conciliación las vaciaban de sentido los aduaneros del otro lado del Rhin, cuando no las confiscaban como contrabando sospechoso, que los caudillos temporales del Reich no sufren que el pueblo alemán escuche voces de razón ni palabras cordiales. Herida de muerte la última esperanza, el hombre francés que recogía su cosecha, trabajaba en su taller, investigaba en su laboratorio, se oyó llamar con apelación inequívoca. Como nada vale lo que su libertad y su personalidad, como la vida pierde su sabor cuando se guarda sin decoro, dejó su cuidado y sin un gesto de más, sin alarde jubiloso alguno, acallando todas sus voces interiores, obedeció. El espectáculo de esa obediencia impresionaba. Su grandeza era visible. La emoción de 1914 debió ser de otro género. Esta de ahora inducía a reflexión, se metía dentro de uno y trabajaba la conciencia. Los gritos tienen un calor pasajero. El contagio de su entusiasmo pasa con ellos. En cambio, el patetismo de estos rostros graves, la aceptación serena y resuelta del deber que supone su ceño, queda. Dos veces ha tenido la sensación exacta de lo que Francia es para el francés. Viajaba de Madrid a Hendaya. Mis compañeros de departamento eran franceses que subían de Marruecos a gastar su vacación de verano en la aldea nativa, «cuyo aire es dulce de respirar», acortaban sus viajes por España refiriéndose mutuamente sus proyectos, transmitiéndose, en competencia, recuerdos. Una maestra joven refirió que hacía cinco años que no había visto a sus padres. Exultaba de alegría. Preguntaba constantemente el tiempo que faltaba.

LA PROPAGANDA ALEMANA, « KOLOSAL » Y EMBUSTERA, SE EXTIENDE POR TODOS LOS PAISES AMERICANOS DE HABLA ESPANOLA. M. GIRAUDOUX, ATENCION AL PELIGRO
¡URGE QUE LA VERDAD SEA RESTABLECIDA!

Estaba reconciliada con la vida. Sonreía a todo. Prodigaba los matices de su finura. Cuando, ya noche, llegamos a Irún, señalándole las luces de Hendaya y el bulto de la montaña en que se recuesta, la indiqué : — « Ve a Francia. » Se fué a la ventanilla y como si se dirigiese a alguien que la es, peraba del otro lado del Bidasoa, gritó : « France ». Estaba sola con su embeleso. Sus compatriotas sonrieron. Cuando se volvió, pugnaba entre sonreír y llorar. Pudo más la emoción, y rompió en un llanto, por el que cuando se repuso nos pidió perdón.

Esa misma sensación la volvió a experimentar hace unos días en el Metro. Era un padre que acompañaba a dos hijos movilizados. A los tres se les notaba el esfuerzo por no mirarse a los ojos. El

padre gastaba sus fuerzas, todas sus fuerzas, en conservarse tieso. Se creía observado por viajeros y ponía su orgullo en aparecer sereno. Hace veinticinco años, en su guerrera, una muchacha prendió una flor y él, la garganta llena de vitores, le dió un beso en la boca. Sabía donde marchaban sus muchachos. No necesitaba contárselo nadie. Y luchaba, luchaba, para que la congoja de su pecho no le hiciese traición. Era un esfuerzo dramático, al que yo, extranjero, me acercaba con un respeto profundo. Igual que, en el tren, mi compañera de viaje me dió la medida de una emoción jubilosa, este padre del Metro, flanqueado de sus hijos, me consentía valorar la pasión heroica que Francia mete en la sangre de sus criaturas.

ESPAÑA, SU PAZ EXTERIOR Y SU PAZ INTERNA

Una actualidad internacional desconcertante ha llevado la perturbación y el escándalo a la conciencia de todos los hombres sinceros. A la hora en que sellan paces y conciertan alianzas las dos grandes corrientes antagónicas de la época — Komintern y Antikomintern — serán muchas las gentes que admitan con repugnancia la realidad de esta brutal paradoja que nos ofrece la diplomacia germano-soviética.

Porque es lo cierto que « comunismo » y « anticomunismo » han sido en estos últimos veinticinco años, por desgracia sin duda para Europa, algo más que los polos opuestos del mismo pensamiento antidemocrático y antiliberal. Su beneficiarios quisieron hacer de estas palabras, y lo consiguieron, las divisas banderizas en una lucha sin cuartel cuyos episodios han llenado de ruina y de dolor el ámbito de muchos pueblos ; sirviendo, en no pocos casos, para camuflar torpes maniobras intervencionistas, que hubieran sido repudiadas como ilegítimas de no haberse presentado, hipocritamente, con el falso carácter de guerras ideológicas.

Los republicanos españoles somos las víctimas más recientes de este triste juego. Las más recientes y ¿ por que no decirlo ? las más incomprendidas. Bastó a los enemigos de la República el colocarse una etiqueta antikomintern para que a los republicanos se nos identificara como pertenecientes al sector opuesto. Nuestros amigos tradicionales, llamados a defendernos, no quisieron rechazar el equívoco llevados un poco de la rutina general y algo más de los propios egoísmos. Se avinieron a desconocer no solamente el derecho sagrado e indiscutible de la República sino también la verdadera composición de su base política, incompatible, desde luego, con el signo de Moscú.

Ahora bien, en el momento mismo en que los hombres

de Berlín y de Moscú conciertan tratados y proyectan alianzas hay más de trescientos mil españoles que no pueden vivir sobre el suelo de su Patria so pretexto de una supuesta contaminación ideológica. Mientras otros centenares de miles padecen en cárceles y en campos de concentración el rigor de unas penas impuestas por los mismos motivos. La cínica paradoja que escandaliza a toda la opinión libre del mundo adquiere, de este modo, en el caso de España, su expresión más cruel. ¿ Qué razones pueden invocarse ahora como justificantes de una guerra que ha desangrado y arruinado a nuestro pueblo ? ¿ Qué argumentos podrán aducirse, en lo sucesivo, para justificar el extrañamiento y la prisión de millares y millares de españoles ?

A estas terribles preguntas, que en este momento se repiten hasta el infinito dentro y fuera de España, habrán de contestar quienes dieron al conflicto categoría y sentido de cruzada ideológica. En ningún caso los republicanos españoles que hacíamos una guerra impuesta, defendiendo, en legítima defensa, una causa auténticamente nacional. Tan nacional que afectaba no solamente a la legitimidad del régimen que el pueblo libremente se había dado, sino también a otras garantías concernientes a la soberanía y a la independencia de España.

Por eso, porque no había en nosotros afanes partidistas, ni ánimo banderizo, ni instinto de exterminio, ni deseo de represalia nuestro Gobierno de Unión Nacional ofrecía una amnistía general para el día siguiente al de la victoria republicana. El triunfo de la República era concebido sin *vae victis*. Como una reintegración a la paz y a la concordia de « todos » los españoles ; a una paz que treinta y seis meses de lucha fratricida nos hicieron desear comprensiva, generosa y total.

LA PROPAGANDA ALEMANA, « KOLOSAL » Y EMBUSTERA, SE EXTIENDE POR TODOS
LOS PAISES AMERICANOS DE HABLA ESPAÑOLA. M. GIRAUDOUX, ATENCION AL PELIGRO

¡URGE QUE LA VERDAD SEA RESTABLECIDA!

El espíritu de Montaigne frente al espíritu de Nietzsche

por *Fernando Vazquez*

Los hermanos de América han de ver claro, y para ver claro han de prescindir un poco de la doctrina del «aislamiento». El mundo no ofrece ya repliegues seguros donde el egoísmo nacional pueda permanecer intacto. La velocidad, señora de nuestro tiempo, ha concluido la obra de los Descubridores, y el poder le la lejanía ha sido depuesto por la aviación. Existe la doctrina de Monroe, pero también existe la doctrina de Hitler. La voluntad de dominio, la mística «nazi», no reconocen límites. Todo espacio susceptible de rendir provecho al pueblo elegido, cae en la órbita de la ambición monstruosa de su potencial. Hitler tiene su antecedente en Gengiskán, aquel conquistador que desde el fondo de Asia fué empujado por su sed de tierras y al alcanzar con su prodigiosa ofensiva las aguas del Danubio sintió que nadie podía disputarle sus títulos de Poderoso Asesino y Emperador de Todos los Hombres.

El Presidente Roosevelt ha sabido expresar con su alta autoridad la desconfianza del americano. En el fondo del hitlerismo hay una renuncia a la limitación. Imaginemos el esfuerzo y el sacrificio gigantescos de Alemania para rearmarse y supongamos que los hubiera empleado en enriquecerse, en mejorar las condiciones económicas de su población. Nada hubiera impedido la expansión mercantil de Alemania si su genio de la propaganda y su razón vital efectiva hubieran trabajado con propósitos de paz. Hasta hace escasos meses los directores de las grandes democracias no mostraron al menor recelo respecto a una política de colaboración con Berlín. Pero el cálculo de Hitler al rearmar al Reich no era recurrir a la persuasión, sino al ultimátum. Y al galope de su ambición saltar sobre el viejo estatuto europeo. ¿Cuál fué el resultado del «Anschluss» austríaco? Excitar su amor a la «razzia». ¿De qué sirvió la dolorosa claudicación de Munich? De estímulo para estrangular la nación checa, para apoderarse de Mémel y para invadir Polonia. ¿Qué ocurriría si Francia e Inglaterra, en vez de acudir al auxilio de Polonia, se hubieran cruzado de brazos? No existe un europeo de buen sentido que titubee en la respuesta: El caballo de Hitler seguiría galopando, atropellando naciones. Y una vez sojuzgada Europa, la consecuencia mecánica de esta concentración de potencia que Hitler esgrimiría como un rayo, sería perturbar a fondo el régimen interior de los otros continentes.

A mi, español, no me cuesta trabajo encontrar las palabras de admiración que merece Francia, en estas horas augustas de la historia del mundo. La discreción y la oportunidad me aconsejan silenciar mis propias experiencias, pero si puedo decir que este maravilloso alzamiento del espíritu francés contra la barbarie ha sido antes intuido y servido en mi Patria, aunque la resistencia a la barbarie tuviera allá abajo para la estimación extraña un sentido más confuso. Las mismas palabras que venía escribiendo, la misma sagrada rebelión del espíritu, las mismas viejas voces de mi cultura latina, ese anhelo profundo y universal de dotar a los hombres de relaciones graciosas y ponderadas, circulan y se manifiestan por esta Francia de altas virtudes populares. Alguien ha dicho «le noble visage de la France», y así es. Yo quisiera que los hermanos de América — nunca como ahora se necesita apelar a la hermandad de la sangre y del espíritu — hubieran visto el espectáculo inolvidable de la movilización. Rostros serenos, seguros de la razón que les lleva a la lucha. Esta es mi impresión más viva. Y como impresión de carácter crítico, la perfecta marcha del organismo civil y militar.

Puede sentirse orgulloso el Gobierno de un pueblo como el francés al notar cómo responden todos los resortes de esta inmensa y compleja máquina de la nación y del imperio. No se va a la guerra por motivos dudosos. Esto es lo principal. Desde Septiembre hasta aquí — hablo del Septiembre del 1938 — el pueblo francés se ha cargado de paciencia y de decisión. Hoy, como contraste moral, yo señalaría el de las cínicas declaraciones de Goering y el de la tranquila laboriosidad de Daladier, en la Defensa Nacional, Mandel al timón del imperio y Reynaud orientando diestramente las finanzas. Goering, sin cuidar de atenuar su brutalidad, proclama la manera de satisfacer las necesidades vitales del «Reich», esto es, robando el carbón, el petróleo, el trigo de Polonia. Pero la evaluación del botín, con ser tan lisonjera, no le impide trascender sus inquietudes de director de la economía alemana y de amenazar con nuevas restricciones de los «ersatz». Por su parte, el Gobierno francés, con el sentimiento real de su fuerza y de su derecho, se limita a recomendar una cierta morigeración en el consumo.

El semblante de Francia es el de la suave y equilibrada razón de Montaigne. Nada hace indispensable violentar el escenario de una vida sensible mediante la introducción

SI HAY UN PAIS EN EL QUE LOS SOCIALISTAS HAYAN SIDO PERSEGUIDOS HASTA LA EXTERMINACION, ESE PAIS ES LA MALDITA ALEMANIA NAZI.

de bambalinas trágicas. Incluso aquellos franceses que acariciaban, tal vez por snobismo intelectual, preceptos de importación « made in Germany », ahora se hacen fuertes en la fruición de la unidad francesa. En cuanto al hogar, al alma del hogar que es la mujer, es realmente extraordinaria la uniformidad de este sentimiento que se conduce de la guerra, que la aborrece como una angustiosa calamidad, pero que la reconoce necesaria. Montaigne, el buen Montaigne, vela por el temple del alma francesa, hoy como ayer, acosada por el espectro loco de Federico, Nietzsche, enamorado de la crueldad de la fuerza. Los hijos de Francia van a combatir, con su ser libre y amable, y a atajar la horda que avanza bajo el guiño de garabato de otro demente sanguinario.

¿ Pueden los pueblos americanos quedar indiferentes a este enorme drama? El espíritu del derecho, el humanismo, constituyen la savia de la infancia de América. Su

pubertad está amenazada por la misma crisis moral que padece Europa. O triunfa una vida de armonía internacional y de dignidad humana, o quedarán las naciones convulsas y descuartizadas bajo las garras del totalitarismo. Podrán, en todo caso, los Gobiernos decretar la neutralidad pero el espíritu popular no tiene más remedio que ser beligerante. Son los pueblos de América latina entidades que crecen y buscan formas perdurables de existencia política y de convivencia social. La sombra del hitlerismo solo da la esterilidad y la esclavitud. Montaigne se burla de Nietzsche, simplemente al comprobar en qué consiste esa alegría del servicio, esa « Dienstfreudigkeit » alemana que obliga a los soldados a construir la grandeza del « Reich » con las ruinas de las naciones débiles. Alegría de la deslealtad y la mentira. Alegría del escallo al granero ajeno y de la persecución del hombre libre.

Al lado de Francia y... unidos!

M. Eden ha pronunciado un interesante discurso y en él ha dicho : « En 30 años Alemania, con el mínimo pretexto, ha producido la guerra cinco veces en Europa ».

El hecho es absolutamente exacto. En 1864, guerra de Prusia, de acuerdo con Dinamarca, contra la Confederación Germánica ; 1866, Austro-Prusiana ; 1870, guerra franco-alemana ; 1914, guerra continental europea y 1939, segunda guerra continental. Esto parece indicar que Alemania es un factor de perturbación y de guerra constante en Europa. ¿ Qué se deduce de esto? ¿ Que hay que exterminar a los alemanes? Sería un problema cruel e imposible de realizar. Nadie lo desca. Nadie lo pide. Por de pronto, hay que vencer a Alemania y luego, como se ha revelado un pueblo inferior, inadaptable e ineducado para la convivencia social, someterlo a una larga tutela hasta que esté en condiciones de gozar de su libertad sin causar daño a los demás pueblos. ¿ Como? dira el lector. ¿ Quiere usted decir que Alemania no es un pueblo culto.

No. Sé que Alemania es un pueblo culto, acaso el más culto del mundo, pero no es un pueblo civilizado, educado. La cultura como instrumento de dominación de los demás pueblos no me interesa. Un asesino con cultura es mucho más pernicioso para la Humanidad que sin ella. De la cultura me interesan los fines altruistas y humanos, no los que sirven a la destrucción y al crimen.

En 1870, Francia vivía en régimen imperial. ¿ Quiso Napoleón III la guerra? En todo caso, el Emperador no era, no representaba, el sentimiento del pueblo francés. Napoleón III, siguiendo el ejemplo de Napoleón I supo aprovecharse de las discrepancias interiores de la revolución para proclamarse Emperador de los franceses. Si entonces hubiera sido consultada la opinión del pueblo francés, seguramente habría votado por la paz.

En 1914, el pueblo francés demostró suficientemente su amor a la paz y su horror a la guerra. Jaurès, el gran tri-

buno de la paz, no esotimó esfuerzo alguno para evitar que Francia diera el menor motivo que justificara la guerra. Viviani, jefe de Gobierno, llegó a retirar las tropas de la frontera para dar al mundo la sensación de los sentimientos pacifistas de Francia. Jaurès, el gran pensador, encarnación legítima del genio francés, moría asesinado en el momento mismo que meditaba su ultimo artículo defendiendo la paz, y oponiéndose a la guerra. Francia aceptó la guerra por imposición de la realidad creada por su adversario. Y aceptó la guerra para defender la libertad y la paz.

En 1939, repítase la historia. Francia es un pueblo pacífico. Ama la paz y odia la guerra. Y, sin embargo, se ve obligado a hacer la guerra, en los mismos términos y con los mismos fines que en 1914. El pueblo francés va a la guerra, obligado por la provocación de su adversario para defender la libertad y la paz.

Un pueblo así goza plenamente de nuestras simpatías, y merece toda nuestra colaboración.

En 1914, un solo hombre era responsable de la guerra: Guillermo II. El mundo entero lo ha proclamado así. 1939, otra vez un solo hombre resulta responsable de la guerra : Adolfo Hitler. Así lo ha proclamado M. Chamberlain ante el Parlamento inglés. Todo el mundo ha aprobado este juicio con su asentimiento.

Guillermo II, responsable principal de la guerra de 1914, vive aun y goza de libertad. Es de esperar que al final de esta guerra, las cosas ocurran de muy distinta manera. Delitos de esta naturaleza no deben ni pueden quedar impunes.

En 1914, España fué neutral en la guerra. La opinión dividióse en dos grandes corrientes : una la de los reaccionarios, al lado de Alemania, otra la del pueblo liberal y democrático, al lado de Francia y de los aliados.

Pablo Iglesias, verbo elocuente del socialismo español,

**¿ DONDE SE ESCONDE AHORA AQUEL ACORAZADO ALEMAN QUE BOMBARDEO COBARDEMENTE
ALMERIA, NUESTRA CIUDAD INDEFENSA ?**

definió la actitud de su Partido ante el Parlamento español. Proclamó la responsabilidad de Alemania en la declaración de la guerra, defendió la neutralidad de España porque no consideraba al país en condiciones de organización y de fortaleza económica para intervenir en la guerra, proclamando que si la situación fuera distinta defendería que España participara en los sacrificios de la guerra al lado de los aliados.

El socialismo es un ideal de justicia, dijo. Francia representa en este instante la razón y la justicia y el deber de todos los hombres libres es el de estar a su lado.

Esta declaración del socialismo español, hecha solemnemente por el hombre que en toda España gazaba de mayor prestigio moral, sirve para definir nuestra posición en la guerra actual. A Francia, que amaba y ama la paz, que repudiaba y repudia la guerra, que la acepta como una fatalidad del destino para defender la libertad y la paz, le asisten la razón y la justicia, y nosotros, socialistas españoles, en España, en la emigración, sufriendo y padeciendo, proclamamos nuestra adhesión a Francia y nuestra confianza ciega en su victoria.

No creo que haya entre nosotros a este respecto, ninguna discrepancia, ninguna división. Francia defiende ahora, en la guerra, los mismos ideales; la misma causa que nosotros hemos defendido en España durante tre años. Los grandes ideales exigen grandes sacrificios. Aunque aparezcan momentaneamente derrotados, no están, definitivamente vencidos. De la victoria de los ejércitos aliados depende el porvenir de la Humanidad y el de nuestra propia España. En medio de la gran tristeza que nos produce la guerra, una

gran ilusión anima nuestro espíritu: la de hallar en la gloriosa victoria de los ejércitos de la Libertad, el triunfo de nuestros ideales en la tierra que hemos nacido, cuya redención añoramos con vehemente anhelo y legítimo afán.

Y aún van más allá, mucho más allá, mis esperanzas. Solo los grandes ideales son capaces de obligar a los hombres, a dar de lado a pequeños resentimientos que les dividen. En la división y en la discordia está su ruina. La Historia nos lo ha demostrado muchas veces. Nosotros tenemos aun reciente la dolorosa experiencia. Solo en la unidad de acción pueden hallar remedio nuestros males. Que cada uno medite y reflexione. Aun no lo hemos perdido todo, aun lo podemos ganar todo, con una sola condición: que sepamos ser dignos de ganarlo.

Las horas que vivimos, trágicas y dolorosas, están preñadas de grandes esperanzas. Que cada uno someta a examen su conducta pasada y presente. Que haga examen sereno del pasado. Para hacer este examen hay que despojar el espíritu de todo apasionamiento pequeño. Hay que dar de lado el mezquino interés personal. Hay que ofrecerse plenamente a los grandes ideales. Solo así podemos hallar el buen camino.

Que cada cual decida y adopte posición mirando a la grave responsabilidad que contrae con ello. Quienes conserven la fé en el porvenir tienen que estar a nuestro lado. Solo los escépticos y egoístas se separarán de nosotros. Tampoco nos interesa su compañía. Además de no apartarnos nada, nos estorbaría mucho.

¿Francia e Inglaterra representan la razón, la justicia y la libertad? Pues coloquémonos francamente al lado suyo.

M. C.

UNA GRAN ILUSION

Un despacho del corresponsal del *Times* en México City descubre las sinuosas actividades que, en estos días, vienen desarrollando, en aquella República, los agentes secretos de Alemania. Y añade el despacho que los espías alemanes intentan ganar ciertas « colaboraciones » entre los refugiados españoles.

Sin duda alguna piensan los servicios del III Reich que entre los republicanos españoles, sin Patria y sin trabajo, es donde pueden encontrar material humano más idóneo para sus tareas. Pero, como casi siempre, se equivocan también en esta ocasión los hombres pragmáticos de la cabeza cuadrada.

No, lo que en España podía venderse, lo

compró Alemania hace tiempo. Esto aparte de que nuestra tierra no fué jamás buen vivero de espías y el propio Estado español, cuando necesitó de tales servicios, hubo de pagar con su dinero mano de obra alemana.

Hoy, en el destierro, los republicanos españoles nos esforzamos en la conservación de ciertas ilusiones entrañables. Y tal vez sea la mayor la de esperar un día, feliz para el mundo, en que la Gran Alemania no necesite ya de sus agentes... Entonces, estos pasarán a ser obreros en paro. Y, en el supuesto difícil de que haya nuevas guerras, los pueblos beligerantes encontrarán buenos espías. Y muy baratos.

LA PROPAGANDA ALEMANA, « KOLOSAL » Y EMBUSTERA, SE EXTIENDE POR TODOS
LOS PAISES AMERICANOS DE HABLA ESPANOLA. M. GIRAUDOUX, ATENCION AL PELIGRO
¡URGE QUE LA VERDAD SEA RESTABLECIDA!

La situación militar de los refugiados españoles

El beneficio del derecho de asilo y las obligaciones impuestas a los beneficiarios

El artículo 3º del decreto del Ministerio de la Defensa Nacional y de la Guerra de 12 de abril de 1939, establece para los extranjeros refugiados en Francia y beneficiarios del derecho de asilo, la obligación de prestar determinados servicios a las autoridades militares francesas — incluso en tiempos de paz — conforme a las condiciones fijadas por las leyes de reclutamiento y con duración equivalente a la del servicio militar establecido para los ciudadanos franceses.

El mismo artículo afirma que el carácter y modo de ejecución de estas prestaciones serán determinados por decreto.

A estas obligaciones militares se encuentran sometidos todos los ciudadanos extranjeros, de edad comprendida entre los 20 y los 48 años, que tengan la consideración de refugiados en Francia y estén gozando del referido derecho. Ahora bien, por decreto de 20 de julio de 1939, el propio departamento ministerial instituye la clasificación de extranjeros sin nacionalidad y de aquellos otros acogidos al beneficio del derecho de asilo.

Para la última categoría — a la que pertenecemos, desde luego los refugiados españoles — se ofrecen dos soluciones:

Primera: La de manifiesta oportunidad — cuando se les convoque para ello por las autoridades francesas — el deseo de permanecer en Francia, en calidad de refugiado, acogido al derecho de asilo.

En este caso, el extranjero queda sometido, automáticamente, a los efectos del artículo 3º del referido decreto de 12 de abril.

Segunda: La de no comparecer a la convocatoria o renunciar al derecho de asilo. Los extranjeros que adopten tal actitud deberán indicar el país neutral, con frontera abierta, para el cual tengan pasaporte en regla y, de cualquier manera, podrán ser compelidos en un momento dado por las autoridades francesas a que abandonen el territorio francés, sin que puedan invocar frente a esta orden su condición de refugiados ni el beneficio del derecho de asilo.

Los extranjeros afectados a una prestación en el Ejército francés serán examinados previamente, con las garantías necesarias, por comisiones mixtas con la intervención de médicos militares, que determinarán el grado de aptitud física de los comparecientes. En consecuencia, podrán ser considerados como útiles, sometidos a reconocimientos en años sucesivos o declarados inútiles. En cualquier caso, les será otorgado el documento justificativo necesario.

Importa hacer notar, finalmente, conforme al párrafo último del artículo 5º de un decreto de 8 del mes corriente (septiembre) que «Los extranjeros sometidos a prestaciones — militares — pueden, en todo momento, escapar a dichas prestaciones rompiendo su establecimiento en Francia en condiciones que serán determinadas ulteriormente».

PERIODOS DE CLASIFICACION PARA los refugiados

Conforme al decreto de 20 de julio de 1939, sobre clasificación y lista de extranjeros, los refugiados en Francia, beneficiarios del derecho de asilo, deben ser clasificados en las siguientes fechas:

Primero: los hombres de 20 a 27 años, antes del 1º de septiembre de 1939.

Segundo: los de 27 a 35 años, antes del 1º de enero de 1940.

Tercero: los de 35 a 40 años, antes del 1º de marzo de 1940.

Cuarto: los de 40 a 48 años, antes del 1º de septiembre de 1940.

Los servicios de clasificación quedan a cargo de las respectivas Prefecturas.

EXCEPCIONES

Es importante señalar la excepción que, con respecto a la obligación de inscribirse en las listas de extranjeros, establece el artículo 4º del decreto citado, de 20 de julio de 1939 (*Journal Officiel* de 22 de julio). Conforme a ella, «El extranjero que no posea carta de identidad y lleve más de dos años de residencia en Francia, no será clasificado si justifica que está realizando las gestiones necesarias para abandonar el territorio francés. Sin embargo, si en el término de tres meses no ha abandonado dicho territorio será clasificado como comprendido en el párrafo precedente (como refugiado). Este plazo puede ser prorrogado por el Prefecto sin que la prórroga haya de ser, en ningún caso, superior a un año».

UN LIBRO DE AZANA

SOBRE MOTIVOS de la GUERRA ESPAÑOLA

La Editorial francesa *Gallimard* acaba de dar a la publicidad, con la rúbrica de la «Nouvelle Revue Française», un libro de Don Manuel Azaña que lleva por título «*La veillée a Benicarló*» («La velada de Benicarló»).

Se trata de un diálogo, que su autor declara haber escrito en Barcelona, dos semanas antes de la insurrección de mayo de 1937. En él contrastan sus opiniones y explican sus sentimientos sobre la dramática realidad que les rodea unos cuantos interlocutores que, a la vez que comentaristas, son, en su calidad de españoles, personajes de la gran tragedia.

En el próximo número de «NORTE» insertaremos un amplio comentario sobre el libro, ante la imposibilidad de hacerlo ahora por apremios de espacio.

Comentaremos también alguna otra cosa. Por ejemplo, la facilidad a que se aviene el autor de no ser más que eso: autor, desinteresándose por completo de las amarguras y contrariedades que hacen sufrir a los que fueron ciudadanos de una República por él presidida. Elegancia espiritual. ¡Ah! Y comodidad material.

Para los trabajadores extranjeros en Francia

Los contingentes, suprimidos. Declaración de altas y bajas del personal extranjero

Por decreto, se prohíbe a toda persona emplear a un extranjero, aunque esté en regla en cuanto a documentación, sin haber obtenido previamente la autorización de la Oficina departamental de colocaciones del lugar de trabajo.

PERIODO TRANSITORIO. — A título transitorio, los patronos que actualmente ocupen trabajadores extranjeros, tendrán un plazo de quince días para solicitar la autorización.

PARA LOS TRABAJADORES SIN CARTA DE IDENTIDAD. — Las oficinas departamentales de colocación quedan autorizadas para colocar a los extranjeros no provistos de carta de identidad con la mención de «trabajador».

Los extranjeros así colocados deben solicitar, dentro de los ocho días, la carta de trabajo.

SUPRESION DE LOS CONTINGENTES. — La aplicación de las órdenes y decretos sobre contingentes de la mano de obra extranjera, poniendo en vigor la ley de 10 de agosto de 1932 sobre protección de la mano de obra nacional queda en suspenso.

DECLARACION DE DESPIDOS. — Todo patrono

queda obligado a declarar en la Oficina departamental de colocación los despidos de trabajadores extranjeros que efectúe. Los patronos de profesiones agrícolas quedan exentos de esta obligación.

EN LA ADMINISTRACION PUBLICA Y ESTABLECIMIENTOS QUE TRABAJEN PARA LA DEFENSA NACIONAL. — Un segundo decreto fija, como sigue, el empleo, en caso de guerra, de la mano de obra extranjera por la Administración pública, los establecimientos y servicios que funcionen en interés de la Nación:

En defecto de mano de obra francesa en cantidad suficiente, la Administración pública, los establecimientos y servicios funcionando en interés de la Nación, podrán emplear a título precario a los extranjeros, de acuerdo con las reglas que serán precisadas, según los casos, por resolución del ministro interesado o por resolución prefectural en lo que concierne a las colectividades locales.

Las resoluciones ministeriales o prefecturales deberán determinar los servicios o la parte de los servicios, en los que el empleo eventual de la mano de obra extranjera puede, sin peligro para el orden público y la seguridad nacional, ser admitidos.

Bajo el signo de la mentira Las "contradicciones" de Hitler

HABLANDO DE AUSTRIA

El pretexto según el cual Alemania proyecta ejercer la violencia contra el Estado austriaco es absurdo y desprovisto de todo fundamento. (30 de enero de 1934, discurso ante el Reichstag)

Se reanuda la campaña de la mentira. Se afirma que, mañana o pasado mañana, Alemania invadirá Austria o Checoslovaquia.

Berlín, declaración del 1 de mayo de 1936)

Y EL 19 DE MARZO DE 1936, UNIDADES DEL EJERCITO ALEMAN OCUPABAN VIENA.

HABLANDO DE CHECOSLOVAQUIA

«Hoy aquí ahora en presencia del último problema que debe ser resuelto y que lo será. Yo tengo que formular en Europa, y de esta reivindicación no puedo desentenderme».

Se lo he asegurado al Sr. Chamberlain, y lo reitero aquí, que una vez este problema resuelto, no quedarán más problemas territoriales por resolver en Europa.

(26 de septiembre de 1938, discurso ante el Reichstag)

Y EL 16 DE MARZO DE 1939, LOS ALEMANES ENTRABAN EN PRAGA.

HABLANDO DE POLONIA

Desearía que la nación alemana aprendiese a ver en las demás nacionalidades la existencia de realidades históricas que no se dejan suprimir. Yo quisiera que ella reconociese como cosa insensata, ya que no simplemente imposible, el negar a una nación de 33 millones de habitantes un acceso a la mar.

(Discurso del 20 de febrero de 1938)

El Estado polaco respeta las condiciones nacionales de Dantzig y los alemanes respetan los derechos de Polonia.

Estos días hace justamente cinco años que nosotros convinimos un pacto de no agresión con Polonia. A la hora actual, se encontrará a penas una divergencia de opinión entre los verdaderos amigos de la paz en cuanto se refiere al valor de este instrumento.

(31 de enero de 1939, discurso ante el Reichstag)

Y EL 2 DE SEPTIEMBRE DE 1939, LOS EJERCITO DEL REICH, ARENGADOS POR SU FUHRER, IRRUMPIAN BRUTALMENTE EN POLONIA.

Sobre la trágica influencia del hitlerismo

por Gabriel MORON

En la Prensa francesa, apareció hace unos días, un interesante artículo de Pierre Dominique, al que daba margen el comentario político sobre un libro de Serge Tchakhotine que lleva por título sugestivo « El violador de multitudes » y cuya publicación data de pocas fechas. En dicho artículo, hacía el autor atinadas consideraciones en torno al proceso político que ha dado a Hitler el dominio absoluto del pueblo alemán, en virtud de ese extraño poder de sugestión, de influencia psíquica, que solo puede atribuirse al caso de una potencia hipnótica operante sobre una masa ya de antemano predispuesta, a este género de experiencias que excluyen toda estimación de la conciencia vigilante. Hitler, como uno de esos más o menos charlatanes de barraca de feria, o histriónico mixtificadores de lo subconsciente, ha logrado — en la teoría de los dos escritores que acabamos de citar y que estimamos acertada — sumir en sueño hipnótico al pueblo germano, hasta convertirlo en un autómatas que se deja llevar a la tragedia y a la muerte, sin que de ese sueño anímico pueda volver al estado de vigilia, como no sea bajo el signo fatal del dolor físico, que clavándose en la carne, restituye el pleno conocimiento de la existencia en la integridad de facultades.

Recogiendo una insinuación del propio M. Dominique, hallamos motivo por nuestra parte, para completar con mayor y amplitud, el cuadro y la consideración de esa nefasta influencia psíquica con que Hitler ha sabido adueñarse — hasta los límites de lo monstruoso — no ya solo de la voluntad del pueblo alemán, también, de una parte de la conciencia universal — en sectores llamados selectos, precisamente — que ahora por cierto, ante la inmensidad de la catástrofe, es cuando pretende reaccionar, queriendo corregir su imperdonable debilidad, error, o dislocación afectiva, según la singularidad de los casos, aisladamente considerados. Aunque, como dice el ilustre articulista que motiva estas líneas, las posibilidades de su influencia hipnótica han sido para Hitler mucho menos grandes sobre el terreno europeo, que sobre la particularidad psicológica del pueblo germano, no deja de ser cierto, que el tiránico e infrahumano violador de multitudes, que dice Tchakhotine, había conseguido, sin embargo, clavar también su nefasto poder de sugestión, en la voluntad tornadiza, débil, medrosa, de una parte de la masa europea; la representada en los medios de unas clases conservadoras y burguesas, que pretendiendo huir del peligro fantasmal del comunismo, no tenían inconveniente alguno en caer en el más real y positivo precipicio de esa negación hip-

nótica, que aleja toda libertad de acción, bajo el ademán siniestro y alevoso del personaje exaltado de tan extraña manera a la más fatídica preeminencia en la historia de nuestro tiempo. Conste aquí, que, para nuestra tesis, hacemos desde luego abstracción, de aquellas otras corrientes de diletantismo o snobismo revolucionarios, que han hecho furor entre las juventudes sin fé y sin ideal humanos, que en Europa y en el Mundo, han rendido acatamiento al dictado del hitlerismo militante.

De tal manera, sobre lo absurdo de semejante pie forzado, lograron fraguarse complacencias, tolerancias, sumisiones gregarias y hasta alianzas espectaculares, que acrecentaban el contorno mítico del Führer alemán, sobre la determinación humillada de clases, grupos, y personalidades colectivas con categoría de Estados, en diferentes latitudes de una Europa disociada y en íntima contradicción.

Para todos estos elementos arrastrados hacia la corriente del hitlerismo, era razón decisiva en sus graves resoluciones, la necesidad imperiosa de oponerse a la otra corriente de la revolución amenazante, significada en la órbita de Moscou. El poder sugestivo del tirano nazi, radicaba por tanto en la convicción, por parte de aquellos medios políticos y sociales, de que el violador de multitudes, venía a ser el providencial caballero defensor de las virtudes tradicionales, que surgía para garantizar la pureza inmaculada de un sistema de antemano amenazado por la más fiera de las subversiones político-morales. Aquellas clases, grupos y aún personalidades colectivas a que aludimos, cayeron en la trampa; no tuvieron inconveniente en dejarse engañar y seducir con esa pueril inconsciencia que caracteriza a los mayores complejos de inferioridad moral, consternadas bajo el efecto del miedo físico. Bajo la estéril brutalidad del violador de multitudes, gesticulante simulador de inquietudes ideológicas, aquellas distintas categorías de sometidos, preferían gozar la sensación de un orden y una paz inmutables, como sustentáculos de la más elemental e inferiorizada animalidad en el torpe instinto de conservación.

Este fué, en toda su expresión generadora, el fenómeno que dió lugar a hechos como el de España. Es forzoso particularizar aquí.

En España, nación católica — no obstante su República avanzadamente democrática — y de espíritu cuajado en la noble idealización de su Historia y de su genio racial, hizo presa — ¡ triste

destino el de nuestra Patria! — la maña — no digamos el arte — de ese histriónico sugestionador de voluntades enfermas que es Hitler. Una burguesía excesivamente egoísta de sus privilegios de clase; un militarismo acentuadamente celoso de sus prerrogativas de casta, y una Iglesia peligrosamente intransigente en su adaptación al espíritu de nuestro tiempo, no tuvieron ningún escrúpulo en adoptar la posición repulsiva del sujeto inferior, entregándose totalmente a la maniobra equívoca del violador, en quien han venido a polarizarse todos los reflejos degenerativos del ente sin lugar adecuado, ni en lo moral ni en lo biológico. Y en España, a título de una lucha contra lo que no existía — el peligro comunista — los poseídos del hitlerismo, los sujetos en trance hipnótico al estilo germano, consintieron en destruir la nación, haciendo saltar todos los vínculos sociales y humanos que sirven de nexo a la comunidad moral y política de un pueblo. Bandas de aventureros, de seres infra-humanos, fermentos negativos bajo la presión cataléptica de una doctrina bestialmente asimilada, lanzáronse a la más loca y odiosa aventura que conocieron los siglos. Y a todo esto, se le llamaba para mayor escarnio, guerra ideológica.

Era ese, el resultado cristalizado en bárbara y terrible realidad, de la superchería hitleriana, que desparramábase por el mundo, envenenando las puras corrientes de los verdaderos y nobles

conceptos de Nación y de Patria y haciendo víctima propiciatoria a ese rincón de Europa que se llama España.

Y ahora, ¿qué?

El siniestro personaje forjador de la catástrofe de un pueblo — como después de la catástrofe del Mundo — ha descubierto claramente su juego. Eso vamos ganando ya. Las multitudes hipnotizadas y violadas, en la más odiosa y repugnante de las violaciones, vuelven de su letargo; empiezan a darse cuenta del engaño. Ese golpe teatral del hitlerismo, adhiriéndose al comunismo staliniano, es como el truco final que lo descubre todo y que hace volver al Mundo al pleno uso de su conciencia.

Que la Humanidad no vuelva a permitirse estas veleidades en sus atributos de plena auto-determinación, ni estos decaimientos enervantes, que la colocan al borde de la ruina, al dejarse llevar por la influencia hipnótica de los charlatanes de feria, es lo que se impone a todo trance.

Hitler, no solo ha dominado a su pueblo, sino que ha envenenado a otros pueblos. Y el resurgimiento de la voluntad de todos cuantos se alejen del engaño, de la superchería, ha de poner inmediato término a esta terrible angustia de los pueblos, en la que operan como ingredientes corrosivos, la audacia cínica de los aventureros y la timidez egoísta de los pobres de espíritu y de voluntad.

CONCIENCIA DE UN CONTINENTE

AMERICA FRENTE a HITLER

por J. M. REQUENA

Cuando escribimos estas notas, las cámaras norteamericanas se encuentran reunidas en asamblea extraordinaria, convocada por el Presidente Roosevelt, deliberando sobre cuestión tan importante para el porvenir inmediato de la contienda europea como es la derogación, en la Ley de Neutralidad de 1º de julio de 1937, de la cláusula referente al embargo de armamento con destino a los beligerantes.

Por virtud de esta cláusula, se prohíbe la ve por los Estados Unidos a los países en lucha de material de guerra « terminado », autorizándose, sin embargo, la exportación, en piezas, de este mismo material como, asimismo, de mercancías en general. Es decir, que los fabricantes y productores norteamericanos, incapacitados para suministrar cañones, aviones y torpedos con destino a los beligerantes, pueden exportar, sin embargo, — aparte de trigo, algodón, petróleo, etc., — el acero, la plancha de aluminio y los productos químicos con que aquellos se fabrican.

Por otra parte, la propia Ley de Neutralidad autoriza a los navíos norteamericanos para trans-

portar los productos de su agricultura y de su industria a los países en guerra.

Por derogar esta política de pretendida neutralidad y por el retorno a un régimen puro de derecho internacional — levantamiento del embargo sobre armamentos y libertad de comercio en cuanto a los mismos — vienen esforzándose, como es sabido, el Presidente Roosevelt y su Gobierno, preocupados por los riesgos que la política actual puede comportar para un régimen de neutralidad efectiva.

En su discurso de la sesión de apertura, ante las dos cámaras reunidas en el Congreso — jueves, 21 de los corrientes — el Presidente Roosevelt ha conseguido justificar su posición con argumentos de positiva eficacia. La aplicación del embargo, ha venido a decir, aparte de ser contraria a nuestra política tradicional, coloca sobre un pie de igualdad a las potencias terrestres y a las potencias marítimas, en cuanto concierne al comercio de ultramar. Una potencia terrestre que amenace con hacer la guerra puede, así, sentirse asegurada de antemano sobre la circunstancia de que el adversario, poseyendo el predominio en los mares, se encontrará debilitado

por la abrogación de su derecho a comprar libremente. — Así, en el caso concreto de la guerra actual, el régimen de embargo favorece extraordinariamente al país agresor desde el momento en que las demostraciones, no obstante su abrumadora superioridad marítima y económica, encuentran cerrado en Norteamérica el mercado de armamentos.

Por lo demás, la derogación preconizada por el Gobierno de Washington aspira al logro de otras garantías de neutralidad, que corroboran su propósito :

Primero : preservando a sus súbditos y a su marina de aventurarse en las zonas peligrosas con motivo de los viajes de suministro. (Los barcos americanos no deberán servir al comercio con los beligerantes y las mercancías debedán cargarse en los puertos nacionales).

Segundo : garantizando a los productores y exportadores americanos contra los riesgos mercantiles y de transporte. (Aplicación del sistema « cash and carry » y transporte de mercancías en barcos del comprador y a riesgo exclusivo del comprador).

Abierto, así, el proceso de revisión de la « Neutrality Act », va a decidirse, al fin, sobre una cuestión tan importante para el porvenir de la contienda europea. Es de suponer que por toda la última decena de octubre hayan podido deliberar las dos cámaras, pronunciándose definitivamente. Por lo que respecta al Senado, el éxito de la derogación aparece ya asegurado por mayoría de dos tercios, según computos deducidos de las últimas consultas presidenciales. Al parecer, el proyecto redactado por la Comisión de negocios extranjeros acentúa el rigor de las sanciones a los contraventores previstas en el proyecto Pittman.

En cuanto al Congreso, es de esperar un resultado asimismo satisfactorio, a pesar de la sistemática oposición del grupo aislacionista republicano. El Presidente Roosevelt ha encontrado muy buena posición para presentar batalla y la opinión pública norteamericana, ante el sesgo de los acontecimientos europeos, que aquel acertó a prever, se manifiesta de día en día más ostensiblemente por la derogación de una Ley que considerará no solamente injusta — al invalidar la superioridad económica y naval de las democracias — sino también peligrosa para el mantenimiento de una efectiva y duradera neutralidad norteamericana.

La reforma de la Neutrality Act y la adopción por Norteamérica de una actitud benévola respecto a las democracias, tiene que ser el final obligado de esta lucha entre Roosevelt y los partidarios del aislacionismo a ultranza. De otra suerte, perdería todo su sentido no ya el esfuerzo del Presidente y de sus colaboradores, sino la propia política continental americana, que ha encontrado, últimamente, en la Conferencia de Lima — diciembre último — la expresión terminante y decidida de la solidaridad continental frente a las amenazas de los regímenes totalitarios.

Y es que el peligro que entrañan dichos regímenes — y más concretamente el peligro nazi — no se concreta en su acción a la órbita de los pueblos europeos. Su influjo trasciende hasta más allá del Océano, llegando a las jóvenes nacionalidades americanas, que han visto conturbada su política interior y amenazada la propia soberanía territorial con la aparición de esas famosas « minorías étnicas » que el III Reich destina a hacer posible su quimera de dominación universal. Sobre las tácticas y los designios nazis no es posible enseñar nada a los ciudadanos de ciertas repúblicas iberoamericanas como Brasil, Argentina y Chile que han podido ver, con escándalo, como el nazismo se les colaba en casa, dispuesto a crear pequeños Estados dentro de los Estados propios.

Así, no es de extrañar que estos pueblos hayan identificado oportunamente al enemigo, denunciando sus falsas teorías y sus tácticas sinuosas. Los gobiernos saben ya a que atenerse. Y hay que esperar, en consecuencia, que superando la interpretación rígida de la Doctrina Monroe, los pueblos de Iberoamérica se decidan a colaborar eficazmente, al lado de la gran democracia norteamericana, en la tarea de preservar de la voracidad totalitaria a los pueblos libres.

En esta hora crucial, definitiva para el porvenir del mundo, el Continente americano no podrá permanecer indiferente, contemplando, impasible, como lucha una parte de Europa por la defensa de los mismos ideales, universales y permanentes, en los que se ha nutrido y se nutre toda la civilización americana.

« YO NO SOY UN CONDUCTOR DE MASAS FANATICAS. TENGO A MI CARGO LA DIRECCION DE UNA NACION DE HOMBRÉS LIBRES, DE UNA NACION PACIFICA Y HUMANA Y, DENTRO DE LA RIGIDEZ DE MIS DEBERES, NO QUIERO ABDICAR DE MI CONDICION HUMANA ».

« NUESTROS SOLDADOS COMBATEN PORQUE QUIEREN ACABAR CON ESTE SISTEMA DE AMENAZAS Y DE ALERTAS INCESANTES... »

« CONSIDERAREMOS CONSEGUIDA LA VICTORIA DESDE EL MOMENTO MISMO EN QUE PODAMOS ESTABLECER LA PAZ SOBRE BASES SOLIDAS.

DALADIER

¡ ESTA DEBE SER LA ULTIMA VEZ QUE EL MILITARISMO ALEMAN PERTURBA LA PAZ DE LA TIERRA !

EL ULTIMO PRUSIANO

por Matilde de la TORRE

Yo recuerdo la Francia de 1916.

En lo aparente, eran las calles como ríos de lana negra. El noventa por ciento de la gente vestía de luto. En los rostros, un rictus, de trazos ya estereotipados que pintaban una mezcla de amargura y de rabia incurable.

En lo espiritual, las palabras decían el color de los pensamientos : « El último esfuerzo... » « el último » para siempre jamás ».

Era aquella la « Guerra de la paz ». La que imponería al mundo nuevas normas de arbitraje sempiterno : El Derecho Pacífico.

Yo recuerdo la Francia del 1919.

No había « borrachera de victoria ». El gesto de Francia era severo, sin alegría. Hedían los campos repletos de muertos amados y de muertos aborrecidos. La vida extinguida de las juventudes bajo el barro sanguinolento se vengaba de los supervivientes enviándoles los efluvios de su podredumbre prematura. La noble Francia sentía aquel reproche que venía de la inmensa sepultura de Flandes y de la Champaña y respondía con palabras de madre severa :

— No temais, hijos yacentes. La paz que yo logre para vuestros harmanos será la paz definitiva... Vuestras cenizas la piden y nosotros oiremos vuestro ruego.

Las gentes de Francia tenían entonces una grave expresión de descontento. El gran « Tigre » se debatía en Versalles comido de la piojera mediocre. Un místico de la megalomanía pesaba sobre las decisiones salvadoras. La diplomacia se desquitaba de su silencio de cuatro años ensordeciendo los oídos afinados por el peligro y borrando los confines del Derecho.

Francia atendía a la escena. La gran Madre Latina no podía celebrar una victoria que se le iba esfumando en las manos apenas comprada al precio de toda su sangre...

La Diplomacia llevaba las de ganar. Postulaba el dejar vivo el germen de la catástrofe futura ; la continuación de la guerra en plazo más o menos próximo ; la pervivencia del espíritu de la tiranía sedimentado en una raza determinada, bien acusada, bien condenada, claramente culpable ante la Historia del Mundo.

Yo recuerdo aquella Francia del Imperio naciente, comprado a tan caro precio...

Y en seguida, su gesto de generoso olvido : « ¡ Bien ! Dejemos ya el pleito. Tratemos de vivir... de seguir viviendo, pese a todo el dolor por jamás imborrable. »

Y la esperanza de la paz perpetua, cada día más esfumada. Y el alma cada día más temblorosa ante la terrible incógnita de lo porvenir, despiertas las fábricas de cañones, continuado y creciente el jadeo de los altos hornos... Y cada año más perfilado en el horizonte la silueta espantosa del gran esqueleto de la Guerra...

La vida de Francia, desde la Paz Incompleta de Versalles, ha sido toda ella un atisbo de la tragedia inevitable. La Alemania de hierro renacía, respirando por sus pulmones los

gases asfixiantes. Renacía esomada a la frontera neciamente generosa que le puso por valladar. Renacía con todo su rencor antiguo, con toda su soberbia estúpida, con su cúbica ambición « über Alles in der Welt »...

Y todos ya, aun los más distraídos de la vida social, hemos vivido estos últimos años de la Francia actual. Su inquietud ante el peligro inminente en cada día solar. Su serenidad solo aparente. Con místico desprendimiento de vanidades históricas ha ido encajando golpe tras golpe diplomático. Disimulando ofensas. Esquivando el doblar de la arista final del torneo político... Nosotros hemos asistido a la entrada en París del último prusiano : Ribbentrop. Cuando vino a firmar con Francia el famoso pacto de no agresión... ! ¡ Nosotros hemos visto el rostro contraído de la noble Francia escondiendo su repugnancia ante la faz chata y traidora de aquel « último prusiano »... ! ¡ Y firmar... Y simular como que se concedía crédito a la firma... ! ¡ Y poner toda su buena fé en tragarse aquel trago tan amargo... Porque sí ! ¡ Porque ella, la Francia enlutada del año 19 les había prometido a sus muertos que Ella hacía la última guerra de su Historia ! !

¡ Y cumplir su palabra histórica era tan duro, que ya todos sus hijos le iban pidiendo cada día que la olvidara, que la sustituyera, que la condicionara siquiera !

Cuando se colmó la medida, nadie pudo reprochar a la Francia su impaciencia. Evangélicamente ha soportado golpes en las dos mejillas. Pero últimamente no podía soportar más. No se trataba de golpear en sus mejillas, sino de herirla en su propio corazón. No ya su vanidad, sino su vida. No su Historia, sino su porvenir entero. Germania, creciendo en su soberbia a costa de la benevolencia francesa, fué cada día más insolente, más despiadada... La astucia goda se tiñó por fin de la bestialidad prusiana. Ribbentrop en París debía ser ¡ por fin ! el último traidor que franquease las fronteras sagradas de la civilidad francesa...

Se fué. Dejó un pacto de pura esencia germánica : el fatal compromiso burlado. El ya clásico « papel mojado » que es el único papel el que escribe Germania su historia de chacal hambriento.

Francia, al firmar aquel pacto, no pudo infiltrarle su alma generosa. Una vez ido el « último prusiano en París », tomó el papel en sus manos, lo leyó y lo estudió... Era demasiado claro, explícito y justo : Germania lo traicionaría fatalmente. Francia, al leer « paz » entendió la palabra en alemán y tradujo su sentido exacto : Guerra.

El « último prusiano » se fué riendo.

No importa.

Cuando él, imaginándose la jugarreta hecha a la Francia, llegaba a su país con el alma henchida de rencor miserable, en un bosque frances, la tierra se remocía dando paso a la gran figura de la Paz Incompleta :

Clemenceau, resucitando de entre los muertos.

Y cuando Germania ha asomado por fin a las fronteras el gran esqueleto de la Guerra, Francia ha sacado de sus bosques el gran esqueleto del Tigre, guardador sempiterno de la Patria.

Mis pesimismo

Por Manuel CORDERO

En 1933, después de haber ocupado el Poder Hitler en Alemania, celebróse en París, en el Palacio de las Mutualidades, una conferencia de la Internacional Obrera Socialista.

En representación del Partido Socialista Obrero Español acudimos el que suscribe, De Francisco y Carrillo.

En la conferencia estaban las principales personalidades de la Internacional: Vandervelde, De Brouckere, Huymans, Blum, Renaudel, Bauer, Vals, etc.

El objeto principal de la conferencia era oír a los alemanes examinar la situación de Europa y adoptar soluciones políticas sobre ella.

En la segunda sesión Vandervelde propuso que se nombrase una ponencia que estudiara y redactara un proyecto de resolución, mientras la asamblea seguía deliberando, para aprobarla al final.

La ponencia fué constituida, entre otros, por Huymans, De Brouckere, Bauer, Renaudel y Blum. Yo formaba parte de la ponencia en representación de España.

Mientras en la gran sala continuaba el debate general sobre la política europea, y los mejores tribunos se dedicaban a teorizar, en la ponencia se abrió una discusión de vuelos menos elevados, pero de resultados más prácticos. Allí, en petit-comité, podía decirse lo que no era discreto decir en público en la asamblea general. Cada representación expuso la opinión de su país. Todos eran discrepantes. ¿Cómo llegar a una opinión común?

En el ánimo de los reunidos pesaba mucho lo ocurrido al declararse la guerra de 1914. La Internacional había ido muy allá en sus acuerdos teóricos contra la guerra, pero a la hora de la verdad habían fallado. La guerra había sido una realidad superior a todas las teorías. Había, pues, que limar mucho las aspiraciones del acuerdo. Valía más comprometerse a poco y sostenerlo, que comprometerse a mucho y abandonar los compromisos.

Renaudel quería que se adoptasen acuerdos radicales contra Alemania. Veía la perspectiva de la guerra.

Tres días fueron necesarios para llegar al acuerdo. Acuerdo unánime pero que nadie se sentía fielmente representado en él. Bauer fué el encargado de razonar la ponencia ante la asamblea. Puso a disposición de la difícil tarea todo su talento. Recuerdo que cuando estaba razonando los fundamentos de la moción, un asambleísta le interrumpió diciendo: «Esa no es mi opinión». Bauer replicó: «Ni la mía tampoco, pero es la opinión que hemos convenido todos». Y siguió. La ponencia se aprobó por unanimidad. Vandervelde pronunció un fogoso discurso y la asamblea quedó clausurada.

Clausurada la asamblea, cada representación emprendió viaje hacia su país. ¿Cuál era su situación de espíritu? El optimismo es el paraíso de los inconscientes. Su incapacidad reflexiva les induce a refugiarse en el optimismo inconsciente. Mi opinión era ésta: la socialdemocracia austriaca iba a ser rápidamente aplastada. La guerra volvía a ser una verdadera amenaza para Europa. La Internacio-

nal no tenía fuerza para impedirla. Comunicué mi opinión a mis dos compañeros de representación. Su reacción ante ello fué de dos inconscientes. No habían visto ni aprendido nada en la asamblea. «Eres un pesimista», replicaron. «Los austriacos no harán lo que los alemanes, que se entregaron. Tienen armas y se defenderán». «Tienen armas y buen espíritu; se defenderán como héroes, pero serán vencidos, repliqué yo a mi vez. Están cercados por la reacción y no tienen salvación. Sólo Inglaterra y Francia los pueden salvar, pero no lo harán. Y la Internacional no tiene medios de salvarlos.» «Eres un pesimista», insistieron. «Bueno, pues el tiempo dará la razón al que la tenga», repliqué yo.

«Y la guerra, ¿con qué medios crees tú que va a hacer la guerra Alemania?», insistieron. «Ya los buscará, repliqué. Cuando un pueblo está sometido a una dictadura, su opinión no cuenta. Ni su opinión ni sus sacrificios. Al dictador no le importa lo que el pueblo opina, ni si éste pasa hambre o va mal vestido. Los pueblos tienen una capacidad de sufrimiento casi inagotable. Y los recursos de resistencia de un pueblo son incalculables y casi desconocidos.»

A la vista están ahora los hechos. ¿A quién dan la razón?

Ya en Madrid, mis compañeros se dedicaron a sus ocupaciones habituales de buenos optimistas. Yo, preocupado con mis reflexiones pesimistas, sentí la obligación de comunicarlas en público. Convocóse por la Juventud Socialista una conferencia en el teatro de la Casa del Pueblo. La sala rebosaba de público, ansioso de oír y de saber. En la conferencia no dije toda la verdad, sino aquella parte de la verdad que me parecía discreto comunicar para no producir una decepción espiritual en la juventud, y que, sin embargo, podía serle útil para trabajar con eficacia. En medio del asombro general, vaticiné la guerra. ¡Qué absurdo! ¿La guerra otra vez? ¡Imposible! Este hombre es un agorero, un pesimista. Esto decían los más benévolos. Otros decían: «Este hombre está loco.»

Loco ¿eh? Pues ahí está la realidad. No sólo ha desaparecido la socialdemocracia austriaca, en una lucha gloriosa, heroica, sino que ha desaparecido Austria misma. Y después desapareció Checoslovaquia. Y Alemania ha pasado a ser el imperio más fuerte que en Europa registra la Historia.

Cuando Inglaterra y Francia discutían con Hitler el problema de los sudetas, publiqué en «El Diluvio», de Barcelona un artículo titulado así: «¿Existe Checoslovaquia?»

Asombro general. ¿Pues no va a existir? Y bien armada y dispuesta a defenderse.

Para mí, Checoslovaquia había dejado de existir antes de Munich. Un Estado no existe cuando su soberanía no es plena y su defensa diplomática no depende de sus propios elementos. «Usted es un pesimista», objetaron mu-

chos. A la vista está el fracaso de los optimistas inconscientes. Después vino Munich y la pobre Checoslovaquia fué devorada en medio de la tristeza de unos y la indiferencia de otros. Hoy nadie defiende la política de Munich, pero el daño irreparable está ya hecho. Y me callo lo que tiene relación con España.

Declaro, sorprendido, que mi pesimismo ha sido rebasado, en proporciones escandalosas, por la trágica realidad. Y para que no faltara nada a recargar sus tintes negros, vino a complicar y agravar el problema en términos incalculables, la decepción de Rusia. En mis amargos pesimismo no entró nunca el de que la Rusia soviética pudiera darse la mano con la Alemania hitleriana. ¿Cómo había ya de admitir este matrimonio escandaloso?

Nunca fui rusófilo ni rusóforo. Nunca fui adversario de la revolución rusa. He procurado comprender de ella hasta aquello que más violentamente choca con mi espíritu. Sabía que la evolución política y social de Rusia no había hecho más que comenzar. En mi anterior artículo digo que Rusia es una gran incógnita. No creía yo que esta incógnita iba a intentar despejarse de modo tan sorprendente para el mundo tan pronto. No se concibe cómo pueden marchar juntas la Alemania hitleriana y la Rusia comunista en la presente cruzada por superar la actual civilización de Europa. Para mí la incógnita no se da des-

pejado aún. No me basta que la Rusia y la Alemania oficial se inteligencien para que quede resuelta la incógnita. Para mí la incógnita no estaba en los gobiernos, sino en los pueblos. ¿Cómo piensa el pueblo ruso? ¿Cómo piensa el pueblo alemán? Nadie lo sabe. Y nadie lo puede saber mientras ambas dictaduras dominen ambos pueblos.

Nadie deduzca de lo escrito que mi espíritu está dominado por el pesimismo. Tanto en la Geografía como en la Historia, los caminos no marchan en línea recta. Se dan con mucha frecuencia las curvas más o menos acusadas. Una curva muy pronunciada nos impide ver la lejanía inmensa y el horizonte que está al otro lado. Pero existen en ir y venir en busca de lo que más conviene; la Humanidad anda y desanda muchas veces el mismo camino, hasta que encuentra lo que andaba. Y en este andar y desandar el camino estamos metidos. Y mi fe en que la Humanidad encontrar lo que anhela es absoluta. La salida de esta grave curva en que está metida la Humanidad será, inevitablemente, un resurgimiento potencial del socialismo incontenible. Este es, amigos, mi pesimismo. Cuento para llegar al final con todos los sufrimientos, dolores y sacrificios naturales a la gran empresa. Pero no lo dudeis: tras de la curva inmensa que nos impide ver el amplio valle y su magnífico horizonte, está la victoria del Socialismo, y de su aliada natural la DEMOCRACIA.

Hace 75 años

■ A PESAR DE TODO, UN MINUTO DE RECOGIMIENTO

por Federico ADLER

(Secretario de la Internacional Socialista)

Cinuenta años después de la fundación de la Primera Internacional, el trueno de los cañones y el ardor de las pasiones nacionales ahogaron toda posibilidad de conmemorar este grandísimo acontecimiento, tan decisivo para la historia del movimiento obrero.

Y aún ahora, después de haber pasado un cuarto de siglo, el día conmemorativo, 28 de septiembre, recae, como en 1914, al principio de una gran matanza de los pueblos, en un momento en que los peligros que amenazan a cada individuo, a cada familia, a la clase obrera y a toda la civilización humana, han alcanzado el punto culminante. Como hace 25 años, ni hay posibilidad ni aún deseo de fiesta. Pues son precisamente aquellos en quienes el internacionalismo está más arraigado los que sienten más dolorosamente lo trágico de la situación actual, ha que se preguntan con la mayor ansiedad cómo podrán ser cumplidas las tareas que el Manifiesto inaugural de 1864, obra de Carlos Marx, planteó a la clase obrera de todos los países. La consigna actual no es la conmemoración del pasado, sino la lucha por el porvenir del Socialismo.

¡Curiosa repetición de la historia! Los trabajadores de todos los países se encuentra colocados

hoy ante un complejo de problemas completamente semejantes a los que se planteaban cuando, en el transcurso de la gran asamblea del 28 de septiembre de 1864 en St. Martin's Hall, la Internacional tomó por primera vez aspecto de forma activa, y esta analogía llega hasta los detalles.

La gran insurrección de la Polonia rusa al principio de 1863, y su aplastamiento por el czarismo, habían suscitado la más viva simpatía entre los trabajadores de Occidente. Delegados franceses habían acudido a la gran demostración en favor de Polonia que tuvo lugar en St. James Hall en Londres, el 22 de julio de 1863, y gracias a esta colaboración de representantes obreros franceses e ingleses se concibió por primera vez la idea de una Asociación obrera internacional. La asamblea que se reunió en St. Martin's Hall el año siguiente no tenía ya por objeto Polonia, sino el crear esos lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de diferentes países y excitarlos a sostenerse mutuamente en todas sus luchas para su emancipación. Pero el asesinato de la heroica Polonia, estigmatizado en el Manifiesto inaugural, vivía todavía en todas las conciencias y durante medio siglo anterior a su liberación, Polonia, desmembrada y oprimida, fué

representada en la Internacional Socialista como entidad nacional autónoma e independiente.

El Manifiesto inaugural desarrollaba un amplio programa social, declarando que la emancipación de los obreros debía ser obra de los mismos obreros, pero el principio del último párrafo decía :

« Otra convicción aún ha inspirado este mitín.

« Si la emancipación de los trabajadores exige, para ser asegurada, su concurso fraternal, ¿ cómo pueden desempeñar esta gran misión si una política extranjera, movida por criminales designios y poniendo en juego los prejuicios nacionales, derrama en guerras de piratas la sangre y el dinero del pueblo ? »

De igual modo que hoy, había entonces un responsable principal. Las usurpaciones inmensas y sin obstáculo de que se hace hoy culpable el fascismo hitleriano, eran entonces perpetradas por esta potencia bárbara cuya cabeza está en Saint-Petersburgo, y los crímenes del zarismo ruso habían

« enseñado a los trabajadores que necesitaban ponerse al corriente de los misterios de la política internacional, vigilar la conducta diplomática de sus Gobiernos respectivos, combatirla en caso necesario por todos los medios a su alcance, y por fin, cuando fuesen impotentes para impedir nada, ponerse de acuerdo para una protesta común y reivindicar las leyes de la moral y la justicia que deben gobernar las relaciones de los individuos como regla suprema de las relaciones entre naciones.

« Combatir por una política extranjera de esta naturaleza es tomar parte en la lucha general para la emancipación de los trabajadores. »

La idea de que la victoria sobre el fascismo hitleriano interesa en primer lugar a la clase obrera internacional, une a los partidos socialistas de todos los países como en 1864 la idea de lucha contra el zarismo. El profundo conflicto que en 1914 rompió la Internacional no existe hoy. En esta nueva guerra no hay ni un solo partido que quisiera justificar ideológicamente la guerra de rapiña de Hitler. Los trabajadores de todos los países y ante todo los de Alemania, desean su derrota ya que estén en condiciones de participar en la lucha o ya que vivan en países demasiado débiles para participar en ella.

Pero por muy unidos que estén los trabajadores de todos los países en su deseo de aniquilar al fascismo hitleriano, no es menos cierto que los problemas que se plantearán después de su derrota serán aún más graves y más difíciles. Revestirán una forma que no depende de nuestros deseos, sino del curso de la guerra y, ante todo, de su duración. En los Gobiernos que conducen la guerra contra Hitler los socialistas no están representados por ahora. No lo sentimos ni sobreestimamos tampoco la importancia de este síntoma, que puede desaparecer en el transcurso de los acontecimientos. Pero es un síntoma que demuestra que los viejos problemas planteados en el Manifiesto inaugural existen siempre, que por encima de los crímenes del fascismo hitleriano no debemos olvidar jamás nuestra lucha contra la sociedad capitalista, origen de todo mal, y también en último término, del fascismo hitleriano. « La conquista del poder político ha llegado a ser el primer deber de la clase obrera », proclama el Manifiesto inaugural. La cuestión de saber cómo debemos conquistarlo dependerá de las condiciones que la guerra cree. Nuestra tarea sigue siendo la misma : Explorar con ayuda del método marxista estas condiciones y las posibilidades que ofrezcan. Estamos todavía lejos de poder enjuiciar completamente los formidables acontecimientos que vivimos, pero la idea que nos guía permanece la misma. Es que, como decía Marx en nombre de la Internacional a principios de la guerra de 1870, trabajamos « por una sociedad nueva, que no conoce en su interior más política que el trabajo porque no conoce al exterior más política que la paz ».

Estas líneas acaban de ser escritas cuando Molotov anunció por radio que el ejército rojo pasaba las fronteras de Polonia. Es así como Stalin conmemora la fundación de la Internacional y la protesta de Marx contra « el asesinato de la heroica Polonia ».

No, verdaderamente no hay posibilidad y menos aún deseo de fiesta.

Pero a pesar de todo y con todo...

(De Le Populaire)

En París ha fallecido el camarada Otto Wels, presidente del partido social-demócrata alemán.

En el acto de la cremación de su cadáver, que estuvo muy concurrido, pronunció un discurso necrológico, lleno de emoción socialista, nuestro camarada León Blum.

El P.S.O.E. estuvo representado por los compañeros Peña, Cordero y Lamóneda.

Los socialdemócratas alemanes saben cuán sinceramente nos asociamos a su duelo por la desaparición de tan destacado militante, a quien la muerte en el exilio le priva de asistir a la resurrección futura de la libertad de su patria.

NORTE

ASPIRA A SER UN DOCUMENTO
DE INFORMACION QUINCENAL,
SOBRE HECHOS Y DOCTRINAS,
QUE RECOJA TODA LA ACTUALI-
DAD IBEROAMERICANA.

SU LECTURA INTERESA DE
MANERA FUNDAMENTAL A LOS
REFUGIADOS ESPAÑOLES EN
FRANCIA Y EN AMERICA



Le gérant : Marcel Chartrain. — Imprimerie S.F.I.E.

14, rue de Bellevue, Paris-XIX^e.

